

Si una historia no cabe en una cuartilla, hay que abandonarla por pretenciosa.

Antonio Pablo Chejo

LA HOJA EL OCIO EN LA PARED

Las Horas Libres

-¡Buenas, buenas! ¡Buenas y no santas!

-Buen día, profesor Prim. ¿Cómo le va? ¿Alguna buena noticia para empezar la mañana?

-La alegría, querido. Nada más que eso. Es un día de sol, no hace calor y a los árboles ya los empieza a desnudar el triste otoño.

-¡Cuánta poesía! Me sorprende.

-Hay tantas cosas que lo sorprenderían, querido. Si usted supiera -agregó y comenzó a cambiar su expresión a la forma que la conocíamos-. Bueno, pero no vine charlar, necesito que me envíe esta carta al Consejo de Decanos. Fíjese que no se doble el sobre. Ah y controle que esté bien cerrado. Sobre todo en las puntas. Una cosa más, verifique la dirección en internet. No estoy seguro que sea la misma de recepción que de envío. Y una última cuestión, envíela por ese sistema que puede realizar un seguimiento por internet y me avisa cuando llega.

-No se preocupe, yo me encargo de todo, profesor.

-Muchas gracias. Que tenga buen día.

El profesor Ernesto Prim era un catedrático de prestigio internacional en la Universidad Nacional de Tecnologías Electrónicas. En sus 57 años había estudiado casi todas las ramas de la Ingeniería Electrónica. Su opinión era valorada entre colegas y empresarios, quienes lo consultaban a menudo. Era un hombre de mediana estatura, flaco, con gestos generalmente áridos, de frases cortantes y efectivas. Sus charlas esquivaban de manera persistente la vulgaridad, lo vago y lo frívolo. Se interesaba más por las opiniones útiles que por las disquisiciones filosóficas o los pensamientos íntimos. Los pocos que la vieron, dicen que su sonrisa era fresca como la de un niño. Pero el profesor Prim no era de sonreír. Tampoco parecía llevar una vida que le provocara divertimento o goces -al menos comparado con el común de las personas-. Él se divertía trabajando, en su escritorio, encerrado en su oficina hasta altas horas de la noche. Su vida diaria era una rutina infranqueable, sistemática y metódica desde el orden en que lavaba sus dientes, hasta los momentos en que lo hacía o sus pausas en instantes precisos para ir al baño o prepararse una tasa de té. Vivía solo en un departamento cercano a la universidad. No se le había conocido esposa o novia, aunque siempre se rumoreó que había tenido una relación intensa con una ayudante de cátedra quien lo habría abandonado por motivos tan inconfesables como ridículos. El profesor Ernesto Prim bebía únicamente agua mineral (de sólo dos marcas) y caminaba todos los días 35 cuadras, entre las 18 horas y las 19:15, sin importar el estado del tiempo. Lavaba su ropa con jabón Federal -no confiaba en otro-, dos veces a la semana y siempre, al día siguiente, la llevaba a una tintorería para que se la plancharan. Limpiaba su departamento una vez a la semana en forma completa y cada miércoles repasaba con lavandina diluida el inodoro, la ducha y el lavamanos. No era un hombre interesado en la música o la pintura; y se confesaba abiertamente un opositor a todo lo artístico, por carecer de otra finalidad más que la estética.

-Buen día -dijo el director.

-Buen día, doctor Rebolledo.

-¿Alguna novedad?

-No, por ahora nada. En realidad sí, una cosa. Pasó el profesor Prim. Estaba medio raro.

-¿Se sentía bien?

-Sí, creo que sí. Parecía más contento que de costumbre. En realidad, parecía contento.

-Bueno, si es eso nada más. ¿Le avisaste lo de los albañiles? Mirá que empiezan en dos semanas.

-¡Uy, me olvidé de avisarle! Ya lo llamo.

-Decile que van a demorar un par de días, que es para cambiar unos caños de agua que pasan por su oficina y que quizá quieran ver la oficina esta semana o la que viene.

La oficina del profesor Ernesto Prim estaba ubicada en el primer piso, del cuerpo E, a dos oficinas del baño y a una del aula 75H, que él usaba. Las bromas decían que primero sentaron al profesor y luego construyeron la oficina a su alrededor, como si aquel hombre absorbido por sus ideas fuera los cimientos mismos de su lugar de trabajo. Eso que comenzó como una broma de pasillo, ya era una leyenda en la universidad -que por supuesto tenía una parte de verdadera-. En sus 130 años, el edificio había sufrido refacciones, arreglos, desarreglos y ampliaciones que hacían imposible construir un plano actual. La oficina estaba pintada prolijamente de blanco. Había un par de cuadros con certificados, un escritorio de cedro lustrado, una mesa con dos pilas de revistas y una pequeña biblioteca ordenada alfabéticamente. No había plantas. En un rincón había una repisa con una tasa, una cuchara, un frasco de vidrio con saquitos de té, un vaso y dos servilletas. Frente al escritorio había un pequeño pizarrón, de 1,2 metros por 80 centímetros, puesto en forma vertical desde el piso. Solo había una silla en la oficina y la luz provenía de un velador -el foco que colgaba del techo hacía varios años que estaba quemado.

-Buen día, profesor Prim. Ya envié su carta, seguramente llegará mañana.

-Bueno, bueno -dijo en tono cantado y agregó-. ¿Cuándo me dijo que iban a ver mi oficina los constructores?

-Deberían hacerlo mañana, profesor. Hoy, a media mañana, voy a llamar para que me confirmen y luego le aviso.

-Bien, bien -volvió a usar el tono cantado-. Eso me da tiempo. Me llama, entonces -dijo saliendo del despacho de dirección.

El simple cambio de una cañería de agua dió más certezas y explicaciones que años y años de evaluaciones docentes y científicas, comités de pares, autoevaluaciones, árbitros internaciones y miles de informes escritos. Esa cañería que atravesaba el primer piso del cuerpo E, seguía hasta el segundo cruzando tres cuerpos más y desembocaba en el tercer piso, reveló el secreto. Entre mampostería vieja y mampostería nueva, habían quedado "huecos" formados por antiguas aulas u oficinas. Cada hueco era una pequeña sala de placer, un mínimo oasis de perdición: había uno dedicado al whisky y otras bebidas; uno equipado con consolas de videojuegos de última generación; otra habitación tenía sencillamente un monitor de 42 pulgadas, un reproductor de DVD y un sillón; en otra solo había una mesa y un cenicero; y en la última, a la que se accedía a través de las otras, había una cama y un letrero luminoso rojo en forma de corazón. No casualmente, esas singularidades se conectaban de forma extraña conformando un enorme laberinto de pequeños habitáculos que confluían a una puerta, escondida detrás un pizarrón, dentro de una oficina con una sola silla.